

maban *Aguilita*, así á mí me decían *Periquillo Sarniento*.

No fué menester más que revelarle este secreto para que todos lo supieran, y desde aquel día ya no me conocían con otro nombre en la cárcel.

Éste fué, según dije, el gran sujeto con quien yo trabé la más estrecha amistad. Ya se deja entender qué ejemplos, qué consejos y qué beneficios recibiría de mi nuevo amigo y de todos sus camaradas. Como de ellos.

Al plazo que dije ya habían concluído los dos pesos que me dejó don Antonio, y yo no tenía ni qué comer ni qué jugar. Es cierto que el amigo Aguilucho partía conmigo de su plato, pero éste era tal que yo lo pasaba con la mayor repugnancia, pues se reducía á un poco de atole aguado por la mañana, un trozo de toro mal cocido en caldo de chile al medio día y algunos alverjones ó habas por la noche, que ellos engullían muy bien, tanto por no estar acostumbrados á mejores viandas como por ser éstas de las que les daba la caridad; pero yo apenas las probaba. De manera que si no hubiera sido por un bienhechor que se dignó favorecerme, perezo en la cárcel de enfermedad ó de hambre, pues era seguro que si comía las municiones alverjonescas y el toro medio vivo me enfermaría gravemente, y si no comía eso, no habiendo otros alimentos, la debilidad hubiera dado conmigo en el sepulcro.

Pero nada de esto sucedió; porque desde el cuarto día de la ausencia de don Antonio me llevaron de la calle un canastito con suficiente y regular comida, sin poder yo averiguar de dónde, pues siempre que lo preguntaba al mandadero sólo sacaba de éste que me la daba un *amigo*, quien mandaba decir que no necesitaba saber quién era.

En esta inteligencia, yo recibía el canastillo, daba las gracias á mi desconocido benefactor y comía con mejores apetencias y casi siempre en compañía del Aguilucho ó de alguno de sus cofrades.

Mas como la amistad de éstos no era verdadera, ni se dirigía á mi bien sino al provecho que esperaban sacar de mí, no cesaban de instarme á jugar, y esto lo hacían por medio de *Aguilita*, quien me decía á cada cuarto de hora:—Amigo Perico, vamos á jugar, hombre; ¿qué haces tan triste y arrinconado con el libro en la mano hecho santo de colateral? Mira, en la cárcel sólo bebiendo ó jugando se puede pasar el rato, pues no hay nada que hacer ni en qué ocuparse. Aquí el herrero, el sastre, el tejedor, el pintor, el arcabucero, el batihoja, el hojalatero, el carroceros y otros muchos artesanos, luego que se ven privados de su libertad se ven también privados de su oficio, y de consiguiente constituidos en la última miseria ellos y sus familias en fuerza de la holgazanería á que se ven reducidos, y los que

no tienen oficio perecen de la misma manera; y así, camarada, ya que no hay más que hacer, pasemos el rato jugando y bebiendo mientras que nos ahorcan ó nos envían á comer pescado fresco á San Juan de Ulúa, porque lo demás será quitarnos la vida antes que el verdugo ó los trabajos nos la quiten.

Acabó mi amigo su persuasiva conversación, y le dije:—No pensé jamás que un hombre de tu pelaje hablara tan razonablemente; porque la verdad, y sin que sirva de enojo, los de tu clase no se explican en materia ninguna de ese modo.—Aunque no es esa regla tan general como la supones, me contestó, sin embargo, es menester concederte que es así, por la mayor parte; mas esa dureza é idiotismo que adviertes en los indios, mulatos y demás castas, no es por defecto de su entendimiento, sino por su ninguna cultura ni educación. Ya habrás visto que muchos de esos mismos que no saben hablar, hacen mil curiosidades con las manos, como son cajitas, escribanías, monitos, matraquitas, y tanto cachivache que atrae la afición de los muchachos y aun de los que no lo son; pues lo más especial que hay en el caso es el precio en que los venden y la herramienta con que los trabajan. El precio es poco menos que medio real ó cuartilla, y la herramienta se reduce á un pedazo de cuchillo, una tira de hoja de lata, y casi siempre nada más.

Esto prueba bien que tienen más talento del que tú les concedes; porque si no siendo escultores, carpinteros, carroceros, etc., ni teniendo conocimiento en las reglas de las artes que te he nombrado, hacen una figura de un hombre ó de un animal, una mesa, un ropero, un cochecito y cuanto quieren, tan bonitos y agradables á la vista, si hubieran aprendido esos oficios, claro es que harían obras perfectas en su línea.

Pues de la misma manera debes considerar que si los dedicaran á los estudios, y su trato ordinario fuera con gente civilizada, sabrían muchos de ellos tanto como el que más y serían capaces de lucir entre los doctos, no obstante la opacidad de su color.¹ Yo, por ejemplo, hablo regularmente el castellano, porque me crié al lado de un fraile sabio, quien me enseñó á leer, escribir y hablar. Si me hubiera criado en casa de mi tía, la tripera, seguramente á la hora de ésta no tuvieras nada que admirar en mí.

Pero dejemos estas filosofías para los estudiantes. Aquí nada vale hablar bien ni mal, ser blancos ni prie-

¹ Aún se acuerdan en esta ciudad de aquel negrito lego, pero poeta improvisador y agudísimo, de quien entre muchas de sus repentinas agudezas, se celebra la que dijo al sabio padre Samudio, jesuita, con ocasión de preguntar éste al compañero si nuestro negro, que iba cerca, era el mismo de quien tanto se hablaba; lo oyó éste y respondió:

Yo soy el negrito poeta
Aunque sin ningún estudio,
Si no tuviera esta jeta
Fuera otro padre Samudio.

tos, trapientos ó decentes; lo que importa es ver cómo se pasa el rato y cómo se les pelan los medios á nuestros compañeros; y así vamos á jugar, Periquillo, vamos á jugar, no tengas miedo; á mí no me la dan de malas en el naipe; de eso entiendo más que de castigar monas, y en fin, amarro un albur á veinte cartas. Conque vamos, hombre.

Yo le dije que iría de buena gana si tuviera dinero, pero que estaba sin blanca.—¡Sin blanca! exclamó el Gerifalte. No puede ser. ¿Pues para qué quieres esas sábanas ni esa colcha que tienes en la cama, ni los demás trebejos que guardas en la cajita? Aquí el presidente y otros de tan arreglada conciencia como él, prestan ocho con dos sobre prendas, ó al valer, ó á si chifla.

—El logro de recibir dos reales por premio de ocho que se presten, le dije, ya lo entiendo, y sé que eso se llama prestar ocho con dos; pero en esto de la valedura y del chiflido no tengo inteligencia. Explícame qué cosas son.

—Prestar al valer, me respondió, es prestar con la obligación de dar el agraciado al prestador medio ó un real de cada albur que gane, y prestar á si chifla, es prestar con un plazo señalado, sin usura, pero con la condición de que pasado éste, y no sacando la prenda, se pierde ésta sin remedio, en el dinero que se prestó

sobre ella, sin tener el dueño acción para reclamar las demasías.

—Muy bien, dije yo; he quedado bien enterado en el asunto, y saco por buena cuenta que, ya de uno, ya de otro modo, está el empeñador muy expuesto á quedarse sin su alhaja, y los tales logreros en ocasión próxima de que se los lleve el diablo.

—Eso no te apure, dijo el Aguilucho, que se los lleve ó no, ¿qué cuidado se te da? ¿Acaso tú los pariste? El caso es que nos habiliten con monedas para jugar, y por lo demás allá se las avenga.

—Todo está bueno, hermano, pero si esas prendas no son mías, ¿cómo las puedo empeñar?—Con las manos, decía mi gran amigo, y si no quieres hacerlo tú yo lo haré, que sé muy bien quién presta y quién no en nuestra casa. Lo que te puede detener es lo que responderás á don Antonio cuando venga por ellas, ¿no es eso? Pues mira; la respuesta es facilísima, natural y que debe pasar á la fuerza, y es decir que te robaron. No pienses que don Antonio lo ha de dudar, porque á él mismo le hemos robado yo y otros no tan asimplados como tú; y así es preciso que él se acuerde y diga: si á mí, que era dueño de lo mío, me robaban, ¿cómo no han de robar á este tonto, nuevo y que no ha de cuidar lo mío tanto como yo propio?

Fuera de que, aun cuando no discurriera de este